

que yo me casé entradita en años y ella muy jovenzuela según me has dicho.

— Una niña, una criatura, cuyo primer marido se divirtió con ella como con una muñeca y á quien el otro ha hecho sufrir... ¡Ah! el miserable... Que se ande con cuidado, porque ahora tiene ella quien la defienda.

— Ten prudencia, hijo mío... Ese Valfón es un hombre temible.

— No le temo. Hace dos años que tiro las armas dos horas diarias en la Asociación. Además, tranquilízate, añadió al oír el suspiro de espanto de la pobre madre... Valfón es tan cobarde como malo. Tiene fama de gran tirador y le toman por árbitro en cuestiones de honor... pero no se bate nunca. Y, vaya, con esto buenas noches, querida mamá, ó, mejor dicho, buenos días. Me voy á la cama.

Por fortuna Raimundo no había bajado la lámpara y la vaga claridad de la lamparilla, oculta aún por el biombo, no permitió á la señora Eudeline ver una ligera sonrisa que flotaba en los labios entreabiertos de Diná, la cual, con los ojos cerrados y la respiración acompesada por el sueño, no había perdido ni una palabra de toda la conversación.

III.

UNA AVENTURA AMOROSA.

Á los veintidós años Raimundo Eudeline, guapo muchacho, de aspecto cuidado como todos los jóvenes de hoy, esperaba todavía su primera aventura amorosa. No se podía, en efecto, dar este nombre á sus relaciones con Genoveva, tan lamentablemente terminadas, ni á sus excursiones efímeras con algunas muchachas del barrio latino. Su cita con la señora de Valfón era el comienzo de su vida galante y como la aurora de una carrera de seducción. Recibido hacía meses en casa de aquella hermosa matrona, á quien sus veinte años y sus dorados bucles habían desde luego vuelto el juicio, Raimundo hubiera sido en seguida dueño de la plaza sin la absurda timidez de su edad.

¿En qué consiste esa timidez de un ser joven, inteligente y bello en presencia de la mujer? ¿En qué esa torpeza invencible de la actitud y de la palabra que puede llegar hasta la grosería y que la mujer no puede nunca figurarse en toda su intensidad? La neurosis, ante todo; la neurosis debida á causas múltiples y complejas, entre las cuales la más común es la falta de dinero ó, más bien, la falta de costumbre de tener dinero. ¡Cuántas veces, si hubiera estado más en fondos, si hu-

biera tenido en un rincón de París un piso lujoso para recibir una querida, Raimundo hubiera mostrado más audacia! ¡Cuántas veces hubiera aprovechado las ocasiones pasajeras en lugar de apartarse y cerrar los ojos para no verlas!

Aquella vez había tenido que ceder ante la cita terminante de la señora de Valfón: « Á las tres en punto á la puerta de San Gervasio. Estaré libre hasta la hora de comer. »

Y, en seguida, esta inquietud, esta desoladora preocupación: « ¿ Adónde la llevo? » Pensó al principio en el cuartó de Antonín, en la plaza Real. Pero aquellos pasillos estaban tan viejos y los muebles eran tan modestos;... y, después, la bordadora de casullas; ¡qué vecindad para la mujer de un ministro! Se acordó entonces de un hotel amueblado del mismo barrio, del que era dueña una antigua cantante de teatro lírico, que vivía en aquel tiempo con uno de sus inquilinos, discípulo de la Escuela central y amigo de Antonín. Varias veces aquel joven había invitado á los hermanos Eudeline á cenar con su querida y Raimundo conservaba del hotel y de su servicio una impresión tanto más favorable cuanto que recordaba que tenía dos entradas; una por el *boulevard Beaumarchais* y otra por la calle de *Amelot*.

« ¿ Y el dinero? » Ese fué el segundo grito de su angustia. Para el baile de Negocios extranjeros, el traje, el calzado, los guantes, los gastos de coche, había volcado los cajones de su madre y el portamonedas de su hermano. Por este lado no había recurso. Estaba dando vueltas á la imaginación en la cama de hierro de su sobrado, el día siguiente al de la fiesta del muelle de Orsay, cuando el nombre de Alexis, el antiguo empleado de su padre, al que había hecho nombrar cajero de la

Asociación, le vino á las mientes. El reloj del palacio Mazarino, al que se sometían todas las costumbres del barrio, incluyendo la *Lámpara Maravillosa*, dió las diez. Raimundo se vistió apresuradamente, seguro ya de encontrar unos cuantos luises que necesitaba.

En el número 41 de la calle de las Escuelas, en uno de aquellos vastos edificios de dos cuerpos, edificados con arreglo al mismo modelo, en el que la piedra imitada constituye todo el lujo, la Asociación de los Estudiantes de París ocupaba los cinco pisos interiores, en los que tuvo la buena idea de echar abajo los tabiques de esos nidos uniformemente compuestos de un salón color crema y techo rosa, de unos cuantos cuartos de dormir, un tocador y un cuarto de baño de pinturas chillonas y adornos de cartón piedra, para instalar en su lugar bibliotecas de farmacia, de derecho, de medicina, una oficina para el contador y hasta una sala de hidroterapia y otra de armas. Desde entonces la asociación ha crecido, pero en 1887, en aquella fría mañana en que Raimundo recorría la acera de la calle de las Escuelas, escurridiza y reluciente por la blanca escarcha de la noche, el aspecto de la A. era exactamente el que describimos.

En la habitación del entresuelo que servía de caja, el ordenanza, que estaba encendiendo la chimenea, dijo al joven Eudeline, muy sorprendido al ver que el señor Alexis no había llegado todavía:

— ¡ Oh! No vendrá en todo el día ni mañana probablemente... Ha ido á la boda de una sobrina suya que se casa en la Borgoña.

La vida da á veces á esos pequeños contratiempos la importancia de catástrofes, y las palabras que las expre-

san, lo que en el teatro se llama la palabra de la situación, caen pesadas y agresivas como piedras. Raimundo se quedó anonadado oyendo roncar el fuego y moscardonear la voz del mozo, que repetía su frase estúpida y siniestra. ¿Á quién pedir ese dinero? ¿Á alguno de sus « queridos camaradas », á uno de los treinta y tres del comité? Sí, pero en aquel comité se estaba incubando su presidencia y arriesgaría el perderla con aquella actitud de famélico y de *sablista*. Sin saber qué hacer, subió á las bibliotecas, á aquella hora destempladas, desiertas y con los cristales estrellados de escarcha, por falta de toda calefacción. Solamente en la farmacia ardía una estufa de cok, cerca de la cual, con un librote en las rodillas y un enorme zoquete de pan en la mano, un pobre diablo de estudiante extranjero, rumano ó valaco de mejillas hundidas y ojos glotonos, leía, comía y se calentaba vorazmente, en estado de beatitud. ¡ Vaya usted á pedir tres luises á éste !... Eudeline cerró la puerta sin ruido y distraído un instante de sus preocupaciones egoístas, pensó al bajar que aquella asociación, por tantos aspectos ridícula y cursi, aquella incubadora artificial de pequeños diputados y de hombres de Estado embrionarios, tenía su lado caritativo y de generosa confraternidad del que no se jactaba.

Además del ordenanza y de la portera, todo el servicio interior de la casa consistía en un lacayito á quien se llamaba siempre « el muchacho » y que desaparecía generalmente en cuanto cobraba la primera paga.

— Corriendo, esta carta al señor Marqués, en el ministerio de Negocios Extranjeros... dijo Raimundo dando al lacayito una esquila que acababa de escribir en la mesa del empleado; y esperó la respuesta con ansiedad.

Desde que los dos jóvenes se conocían, el más pobre de los dos había sido siempre el que había prestado dinero al otro, á aquel egoísta, que declaraba cínicamente en el liceo : « Yo tomo prestado cuando puedo, pero no presto jamás. »

Grande fué, por lo tanto, la admiración de Raimundo, y mayor aún su alegría, cuando el muchacho le trajo la respuesta del muelle de Orsay :

« ¿ Tres luises, querido? Ahí van cinco. Y no me des las gracias, pues tengo que solicitar de ti algo más precioso y extraordinario que un servicio de dinero. Esta noche á las nueve te espero en el salón de fumar de la A. Allí encontraremos unos cuantos de los treinta y tres, que se ocupan, como yo, de tu presidencia. En seguida te haré una petición muy deseada por mi corazón. »

¿ Qué petición sería aquella? Raimundo no pensó en ello ni un instante, entregado á la embriaguez inquieta de su primera cita y preocupado por la instalación del cuarto y por las instrucciones que tenía que dar al cochero... Un poco antes de las tres, su coche esperaba delante de San Gervasio, una antigua iglesia del barrio del *Hotel-de-Ville*, á la que era moda ir á oír la hermosa música religiosa de Allegri y de Palestrina, ejecutada por la mejor capilla de París. Una mujer del gran mundo oficial como la señora de Valfón, que bajaba en pleno día la escalinata de aquella lejana parroquia, venía evidentemente de abonarse á las audiciones musicales de la próxima semana santa, y su presencia no podía ser sospechosa.

Raimundo abrió vivamente la portezuela. La dama se sentó á su lado en el coche y le cogió una mano entre

las suyas enguantadas de claro, la llevó á sus labios á través del velo y se quedó inmóvil. Permanecieron así mucho tiempo, apretados el uno contra el otro y sin hablarse, mientras que el coche los conducía con la velocidad dudosa de sus ruedas. Aunque tenía más edad, la de Valfón parecía más conmovida que Raimundo. Era una de esas mujeres de mundo á quienes el perpetuo cuidado de su belleza hace oficio de virtud, como en una cantante ilustre el miedo de perder la voz. En realidad, en medio de una existencia de tentaciones y de placeres que parecía dedicada por completo al amor, la hermosa mujer no había dado su corazón más que una vez, á aquel taimado Valfón, y hacía ya tanto tiempo, que en el momento presente todos los detalles de su pasión le parecían nuevos é ingenuos y no creía mentir cuando aseguraba á su joven amante que no había tenido otro antes que él. Raimundo, por su parte, la miraba de reojo con una curiosa admiración, inquieto, asombrado de verla tan joven y turbado desde por la mañana por la pregunta de su madre: « ¿ Pero qué edad tiene esa mujer? »

Jamás se lo había preguntado él hasta entonces, por la sencilla razón de que un joven, por enamorado que esté, se preocupa demasiado de su propio efecto, de mirarse en los espejos, nunca bastante grandes, de buscar y perseguir su propia personalidad antes de que se afirme, y demasiado deslumbrado por su primera conquista para observarla bien. ¿ Cómo averiguar, por otra parte, la edad de una mujer de mundo con todos los recursos de tocador, con todos los disfraces de peluquería que están en uso? ¿ Qué pocos hombres distinguen lo verdadero de lo falso y qué poco se asombran al

ver los reflejos venecianos de un cutis mate de morena reemplazando á esa carne blanquecina y sembrada de pecas y á ese olor especial de las mujeres bermejas, tan feas generalmente en Francia! Cuando los hombres maduros y de experiencia se engañan, ¿ cómo habían de ver claro los veinte años de Raimundo?

El coche se detuvo en la puerta de la calle de *Amelot*, donde le esperaba un mozo del hotel que condujo á los amantes por un pasillo oscuro hasta la portería, separada del descansillo de la escalera por una vidriera adornada con plantas verdes. Se oía una voz de mujer que cantaba al piano una canción alemana.

— Es el *Enano* de Schubert, le conozco, murmuró la de Valfón; eso no se canta ya en Francia.

Hablaba con voz segura, pero Raimundo percibía el temblor de su brazo y aquella emoción le proporcionaba el placer de sentirse más varonil y protector. Cuando se dirigían hacia la habitación que les habían indicado, se abrió bruscamente una puerta, desde la cual una voz llamó al mozo, y en ese corto instante se vieron dentro unas copas de *champagne* desbordando, y la ancha espalda de un hombre en tirantes y camisa amarilla que estaba sentado junto á la mesa.

— Tenemos vecinos, dijo alegremente el enamorado, para apaciguar aquel corazón que latía junto al suyo.

La dama no respondió y respiró solamente cuando estuvieron encerrados en el cuarto con dos vueltas de llave. Una gran habitación con alcoba, convenientemente amueblada, con cortinas y tapizado botón de oro, tomaba luz por una ventana sobre un patio que servía de cocina, con cubierta de cristales de estrecho borde de plomo. « Es cómoda esa cubierta para el caso de una

sorpresa... » pensó Raimundo, que se guardó aquella reflexión poco heroica. En la chimenea ardía un fuego de leña y sobre el velador cubierto con un tapete bordado esperaba una pequeña merienda de emparedados y vino amontillado.

— Ahora, cuéntame todo lo que has sufrido.

La de Valfón estaba sentada de espalda á la chimenea en una butaca muy baja, el cuello desnudo, la blusa malva del vestido enteramente desabrochada y el cabello deshecho en pesadas ondas. El joven, á sus pies en la alfombra, levantaba hacia su amada los rizos de su frente y su linda cara, rosada por un reflejo de la llama y por un sorbo de vino de Portugal. El día antes le había ella contado su vida, aquel largo martirio entre su marido y su hija; hoy quería que él le contase la suya... Pero aquella existencia de estudiante pobre era muy melancólica y lastimosa, y era preciso complicarla y hacerla novelesca.

¿ Y la novela?

Aquellas buenas criaturas, adictas y tiernas, la viuda de Eudeline, Antonín, Dina, aglomerados en una especie de divinidad fenicia ciega y sorda, llamada *Familia*, y á la cual Raimundo daba su carne, su sangre, y hasta la más fina sustancia de su cerebro. El pequeño almacén de la *Lámpara maravillosa*, aquel nido radiante, almohadillado de calor y de dulzura, era el antro cavernoso en cuyo fondo operaba el *moloch* y chupaba día y noche la sangre de su víctima.

Raimundo era el primero, sin embargo, en convenir en que de todos aquellos seres que le devoraban y se alimentaban de la medula de sus huesos, ninguno era malo. Su mismo hermano Antonín, al que Wilkie había

encontrado con él alguna vez y cuya decadencia moral les desolaba; aquel hermano que no había podido pasar de ser un obrero y un obrero de París, con sus fealdades y sus manchas, era con todo un buen muchacho, un corazón de oro...

Tampoco Raimundo era malo, á pesar de esas mentiras, sino uno de esos seres pueriles que envejecen sin madurarse y son todo vanidad, especialmente delante de la mujer...

Inclinada sobre él, respirando su aliento y la llama de sus ojos, la de Valfón murmuraba á cada instante:

— ¡ Pobre ser querido!

Ó bien le decía emocionada:

— ¡ Dios mío! ¡ Qué hermoso libro se podría hacer!...

Pero al llegar á la parte sentimental de la novela, cuando Raimundo contaba cómo había tenido que sacrificar á los suyos el amor de aquella adorable joven que la de Valfón había visto en la sala de visitas de Luis el Grande, — es de advertir que, en el relato, Genoveva aparecía como una joven de gran familia y el buen Izoard como un viejo marqués provenzal, una especie de decano de la nobleza del Mediodía, metamorfosis que no hubiera hecho gracia al buen taquígrafo, — ¡ oh! entonces, ante aquella generosa abnegación, la señora de Valfón, trastornada, cogió entre sus manos la rubia cabeza del joven y dijo muy bajito con la boca en sus labios:

— Ven... ven... que mi amor te consuele al menos.

El cuarto estaba casi oscuro, con esa media luz amarillenta de un día de niebla londonense. Las pesadas cortinas de la ventana, desprendidas de los alzapaños con un ademán púdico y apasionado, cayeron hasta el suelo.

La leña ardía y chispeaba, despidiendo una leve claridad sobre la alfombra... Guiada por ella, una forma blanca y vaporosa se aproximó á la cama, donde el amante esperaba trémulo, implorante, con los brazos abiertos...

Pero fuera, en el pasillo se oyen pasos precipitados y una voz ahogada por el terror exclama al pasar por la puerta:

— ¡Señora! ¡Señora! ¡Su marido de usted!..

Los amantes se miran un segundo con pupilas fosforescentes que disipan las sombras de la alcoba.

— ¡Mi marido!... ¡Sálvate!... murmura una voz agonizante que no sabe siquiera que habla. Casi en seguida la mujer salta de la cama, recoge á tientas sus faldas esparcidas y las tira á un cuarto tocador en el que se encierra, mientras que Raimundo, acordándose del techo de plomo, se lanza hacia la ventana. Va á abrirla, cuando un grito de mujer que responde al estrépito de una puerta abierta violentamente en el cuarto contiguo detiene su acción y su impulso de fuga. Evidentemente no es á ellos á quienes han querido avisar; no es á ellos á quienes aquel drama se refiere... Pero esos cuartos tan próximos, aquella identidad de situaciones... ¡Es horrible!... Con el corazón en un puño escucha detrás de la pared un gran ruido de muebles y una lucha feroz; ni una palabra, nada más que resuellos, y el último, el más largo, el más profundo, acompañado de la caída sorda y pesada de un cuerpo que se abandona y que, según la frase del Dante, « como un cuerpo muerto cae ».

Al mismo tiempo se abre una ventana muy próxima, un hombre monta sobre el alféizar y se aventura sobre el borde estrecho de la cubierta de cristales, con las

manos fuertemente agarradas á los tubos de aguas y á las cornisas. Es, sin duda, el amante que se escapa y trata de llegar á la otra escalera. Pero ¿por qué, cuando aquel hombre pasa por delante de él, con la cabeza casi al nivel de sus ojos, Raimundo experimenta la sensación de una cara conocida? ¿Dónde ha visto aquella mirada de un azul duro, de un azul fanático, separada de él solamente por el grueso de un cristal y cuya ironía parece interrogarle y reconocerle también al paso? No ha tenido tiempo para fijar un recuerdo cuando ya la cubierta está desierta y la visión disipada, pero dejando detrás de ella un drama siniestro que dura todavía.

Detrás del tabique arrastran algo pesado y una voz ordena:

— En la cama... Llévadle á la cama.

La madera y el jergón de muelles crujen bajo un peso enorme. Por el fondo del pasillo, entre numerosas pisadas, se aproximan unos pasos solemnes y otros rápidos, á los que acompañan palabras en voz baja.

— Comisario... Médico forense.

Y mientras Raimundo acecha todos esos ruidos, con el oído en la pared y la espalda inundada de sudor frío, se figura aquel cuarto que vió al pasar agrandado al presente por el silencio y el horror, con un crucifijo y dos cirios puestos á la cabecera de la cama sobre el velador en que relucían las copas de champagne, y el hombre de los tirantes extendido en las sábanas, caídos los brazos y la garganta abierta y ensangrentada.

— ¡Qué espanto!...

Á aquellas palabras pronunciadas muy cerca de él, Raimundo se volvió. La de Valfón estaba á su lado escuchando también.

— ¡Hay un muerto al lado!... ¿Ha oído usted? dijo con voz alterada; y mientras duraron los ruidos en el cuarto contiguo, muebles arrastrados y pasos discretos no cambiaron ni una palabra, ni una sonrisa.

Pero todo se extinguió poco á poco; detrás del tabique que el silencio de la muerte se extendía en ondas frías y misteriosas. El corredor parecía también desierto; en su mismo cuarto, invadido por la oscuridad, sólo el espejo guardaba todavía un poco de luz. La de Valfón se aproximó á él maquinalmente para arreglarse el peinado y aquel ademán de mujer de una curva tan íntimamente elegante recordó al amante su papel. Extendió los brazos y quiso abrazarla, pero ella se esquivó y dijo en tono suplicante:

— No, no... hoy no... ni aquí. Tengo miedo...

Y el mismo Raimundo, fuera de situación y transido hasta el fondo del alma, no sintió alejarse del fatidico hotel.

Aquella noche Wilkie Marqués había citado, al mismo tiempo que á Raimundo, en el salón de fumar de la Asociación á los demás miembros del comité y desde antes de las nueve se había puesto á caldear la candidatura de su amigo. La sala de fumar, en aquella época ocupaba en el piso segundo de la calle de las Escuelas una pequeña pieza tapizada de tela cruda con bordados de andrinópolis rojos, en la que se veían en marcos de madera negra unas cuantas litografías de asuntos románticos, regalo de la dirección de Bellas Artes. Unos asientos cojos y desfondados recorrían las paredes, y en la chimenea, un frasco de espíritu de vino en el que flotaba un pedazo de piel del levante

Pranzini, hacía juego con el busto de Chevreul, deshonorado por el frote de los fósforos sobre la nariz del primer estudiante de Francia. Por fortuna para él, la juventud de las Escuelas pierde desde hace algún tiempo la afición al tabaco, y el fumadero era más bien un lugar de libre discusión, muy animado en el momento de la elección presidencial, en el mes de Enero generalmente. Pero aquel año, ciertas querellas intestinas entre la presidencia y la terrible C. O. I. (comisión de orden interior) habían ocasionado la dimisión del presidente y adelantado la elección algunos meses.

Marqués, antiguo presidente de la Asociación por su posición de secretario particular en Negocios extranjeros y por su parentesco con el ministro, era el personaje importante de la casa, y toda aquella juventud le envidiaba y trataba de imitar en su fría ironía, su risa de ahorcado y su andar solemne, sin darse cuenta de que todo aquello no era á su vez más que una pálida imitación de su jefe. Con las manos en la espalda y con ese paso tranquilo de los hombres pequeños que quieren afectar gravedad, se hubiera dicho, al verle pasearse y decir á todos frases breves y cortas, que era el mismo Valfón pronunciando en la tribuna uno de sus discursos de ministro mátalas callando que parecen un largo monólogo de Arnal. La misión que se había impuesto aquella noche no era tanto el elogio de su candidato como la difamación de sus dos competidores y sobre todo del presidente dimisionario á quien una parte del comité quería reelegir. Con su vocecilla seca, Marqués demostraba á los « queridos camaradas » qué mal hacían en echar de menos á aquel individuo á quien se podía juzgar por sus tres meses de presidencia y que á pesar de

sus discursos pretenciosos y de su jerga filosófica sobre « el alma moderna y la regeneración intelectual » no quería más que hacerse relaciones, comer en el Eliseo y ganar las palmas académicas y un buen destino. Y su manera de administrar los fondos, ¡ qué desorden ! ¡ qué despilfarro !

Aquí, surgieron las aprobaciones de todos lados del fumadero y se precisaron en voz alta algunas cifras: « ¡ Ciento cincuenta francos de escobas y de plumeros en un trimestre ! » Alguien hizo observar también que iban ya tres presidentes salidos de la sección de letras y que ahora tocaba el turno á la de derecho, de la que formaba parte Raimundo. En cuanto al otro adversario, Marqués dió cuenta de él fácilmente. Era bibliotecario del comité, todos le conocían y su modo de administrar las bibliotecas hacía presagiar lo que sería su presidencia. Del sur del Mediodía, familiar, tuteador y *juerguista* y aficionado á las popularidades fáciles, se le imaginaba fácilmente tomando el aperitivo con el mozo de recados. Sin rival para abrazar en una estación á los « queridos camaradas » belgas ó suecos y para blandir el estandarte, no tenía desgraciadamente buen aspecto y haría un efecto desastroso en las comidas del Eliseo, aunque fuese en el extremo de la mesa. Divertido, si se quiere, pero nada serio.

¡ Qué bien conocía Marqués á todos aquellos hombrecitos, cuyas anchas boinas de seda, recientemente adoptadas por los estudiantes de París, afectaban una forma correcta y majestuosa como sus levitas negras y sus enormes corbatas á lo Royer-Collard ! ¡ Qué bien sabía cómo debía hablarles para matar en su espíritu la admiración y la confianza ! ¡ Un presidente que no fuera

serio ! Para figurarse el desprecio que les inspiraría no había más que reparar, á la luz del gas, la expresión de sus cabezas infantiles y doctorales surcadas de arrugas precoces y marcadas por los arañazos de la experiencia y de la intriga ; había que ver plegarse sus frentes al comunicarse los informes que les había encargado la comisión, la subcomisión y la contracomisión. Cuanto más jóvenes eran, más se envolvían en el manto de la majestad y más encorbaban sus débiles espaldas bajo el peso de las responsabilidades que á cada momento podía exigirles la terrible C. O. I. ¡ Ah ! Chamontín no era serio...

En medio de aquel grito de indignación de toda la asamblea, entró Raimundo y comprendió en el calor de la acogida las probabilidades de su elección. Todas las manos se tendieron hacia él y ni un solo « querido camarada » permaneció desviado. Ni el busto de Chevreul, cuya sonrisa le halagaba y cuya nariz parecía blanquear en su honor.

— Vamos á ver, bello Oswald, ¿ estás contento ? ¿ Era una verdadera conquista ?

Wilkie no siguió en aquel tono ligero. Sin explicarse la violencia y la turbación del bello Oswald, dijo sin embargo :

— Dispénsame ; tengo un tono estúpido, pero es el que me gusta adoptar en esta sociedad. En realidad mi espíritu está ocupado en cosas mucho más serias...

Y le estrechaba los hombros con una ternura que no era en él habitual.

— Vámonos, ¿ quieres ? Me incomoda estar en este parlamento liliputiense.

Y mientras bajaban juntos la calle de las Escuelas, continuó :

— Nada vale tanto como la *presencia real*, siempre que no se abuse de ella... Después de todo lo que acababan de oír, te han visto; dejémosles en esa buena impresión. Para mí tu causa está ganada. Serás presidente de la A. dentro de quince días, sobre todo si vas á dejar una tarjeta en casa de todos los individuos del comité. No se ha hecho nunca, pero eso huele á Instituto y esas visitas dispararán todas las vacilaciones. Por supuesto, no subas á ninguna casa, porque les molestarias. La mayor parte de estos jóvenes habitan en familia en condiciones precarias. Hay alguno á quien vemos en la asociación hacer el pavo real y hablar de su sastre de Londres y de sus apuestas en las carreras, que se avergonzaria si se le viese comiendo puchero con papá y mamá en un quinto piso ó atormentando á su *Codex* en un cuarto de criado.

— Como el mío, dijo Raimundo, avergonzado de que Marqués hubiese entrado una vez en su casa.

— ¡Oh! El tuyo, querido, es el paraíso, ó al menos su antesala...

Willkie se detuvo y apoyándose en el brazo de su amigo, dijo como oprimido por la confidencia que preparaba.

— Vaya... ¡qué diablo!... Está oscuro; si me avergüenzo no lo verás y prefiero explicarme en seguida á seguir mis frases incoherentes... Amo á tu hermana, Raimundo, y la amo desde el primer día en que la encontramos, ¿te acuerdas? al volver de su oficina con su saquito debajo del brazo. Así fué como me entró en los ojos y en el corazón para no salir más. He tratado, sin embargo, de sustraerme á esta obsesión que podía llegar á ser una dificultad, un impedimento en mi vida... Pero la otra noche la noche del minué, al ver el entusiasmo

que producía la gracia de esa niña, tuve miedo de que me la quitaran y me propuse hablarte.

El tiempo que Raimundo, muy emocionado, tardó en contestar pareció interminable á Wilkie, que temía que hubiese ya algún compromiso entre Dina y Claudio, pero se tranquilizó en seguida.

— Bien sabes, mi querido Wilkie, que mi hermana no tiene capital.

— Ni yo tampoco, confesó el joven riendo. Por eso, mi proyecto no será realizable hasta dentro de ocho ó acaso diez meses. Valfón me habrá entonces metido en el Tribunal de Cuentas ó en el Consejo de Estado, ó dádome acaso la dirección del gran periódico que Claudio Jacquand, mi futuro cuñado, piensa fundar. Ya sabes que su padre es muy rico y que él mismo tiene una fortuna personal considerable de la que podré disponer para mis empresas. Puedo, pues, afirmarte que tu hermana, si me quiere por marido, no estará en la miseria, y que estoy decidido á ayudarte á llevar la pesada carga que con tanto valor vienes soportando hace mucho tiempo. ¿Crees que si pido la mano de la señorita Dina tendré alguna probabilidad de obtenerla? Porque tengo la intención de presentarme en vuestra casa con mi madre lo más pronto posible para estar seguro de que nadie me roba mi dicha.

Los dos amigos volvían la esquina de la calle de *Seine* y al ver resplandecer á lo lejos en la noche la portada de la Lámpara maravillosa, Raimundo recordó una frase de Dina según la cual con aquella enseña de las *Mil y una noches* había que esperar toda clase de milagros. ¿No era, en efecto, milagroso lo que sucedía á aquella

muchacha y á todos ellos de rechazo ? ¡ Ah ! si no se hubiera contenido, cómo hubiera estrechado á Wilkie contra su pecho ; con qué transportes de gratitud y de alegría hubiera acogido su petición !... Pero vaciló, por una precaución vanidosa, sabiendo que dentro de algunos días tendría una bonita habitación en la que podría recibir á Wilkie y á su madre con más decoro que en aquella tienda abierta para todo el mundo ; y con gran asombro de Marqués, que esperaba otra cosa sin demostrarlo, prometió con calma transmitir la petición á su madre y responder en seguida.

Soplaba un viento helado que mordía á los escasos transeuntes del muelle desierto y oscuro, aquel muelle al norte que nuestros jóvenes bajaban en dirección á los Inválidos, y su paso de conversación, tranquilo y cortado por numerosas paradas, acabó por dejarlos transidos de frío. Uno de ellos propuso entrar á calentarse unos minutos en el café de Orsay, abierto todavía, y apenas sentados llamó su atención lo que se hablaba en la mesa próxima donde unos oficiales de dragones rodeaban á un coronel viejo.

— He conocido en Crimea á ese general Dejarine, ... que era entonces subteniente de caballería, como yo, y como yo ayudante de un jefe de cuerpo. En dos diferentes armisticios bebimos juntos á la salud de nuestras queridas el detestable champagne de las cantinas. Me hizo el efecto de un joven muy ardiente y muy apasionado ; uno de esos hombres que á cualquiera edad que mueran están seguros de encontrarse en excelente posición.

Uno de los oficiales, al que Wilkie conocía por haber almorzado algunas veces á su lado en aquel mismo café, empujó hacia él, como explicación, un periódico de la

tarde que estaba sobre la mesa y en el que se relataba la muerte del general Dejarine, antiguo prefecto de policía de San Petersburgo, asesinado aquel mismo día en flagrante delito de adulterio por un marido de la escuela de Dumas.

— ¿ Dónde ha pasado eso ? ¿ Se sabe ? preguntó Raimundo muy inquieto.

Wilkie le entregó á su vez el periódico.

— Ahí tienes.... en un hotel amueblado, cerca de la Bastilla.

El joven continuó la conversación con los oficiales. Una de las últimas veces que vino al ministerio ese pobre general pasó más de una hora en un despacho contándome su aventura, en la que probablemente ha muerto. Una hermosa muchacha, empleada en un almacén de la calle de la *Paix* y que tomaba todas las mañanas el ómnibus Bastilla-Magdalena. El marido, dibujante de un comerciante de bronce, del *Marais*, metía á su mujer en el ómnibus, y á mitad de camino montaba el general, que se sentaba al lado de la hermosa para acompañarla hasta el almacén. Tres semanas venía durante esta maniobra, que consistía en estarse parado todas las mañanas delante de un puesto de ómnibus con la temperatura que reina, ... cuando un día vino á conlarnos que había por fin obtenido la cita tan deseada. Estaba en tal estado de exaltación que no pude por menos que decirle : « ¡ Cuidado, mi general ! » Pero confieso que menos que una venganza de marido, temía por él un arrebato de sangre, una hemiplejía... dado aquel cuello corto y aquella cara congestionada...

Los oficiales y el coronel se habían levantado y acercándose á Wilkie al que escuchaban de pie, mientras

Raimundo reflexionaba con la cabeza inclinada sobre el periódico. No le cabía duda de que el drama de que se hablaba era el suyo, ni de que era Dejarine el hombre á quien habían matado cerca de él. Pero, el otro, el que huyó por el techo de plomo, ¿quién era? Sin duda el marido. Entonces, ¿para qué ocultarse, cuando tenía de su parte la ley y los gendarmes? Y luego, aquella cara conocida, aquella mirada irónica de complicidad, ¿en qué rincón de la memoria podría encontrarla?

Como en respuesta á su muda pregunta, una voz dijo en el grupo de al lado:

— Lo que me choca, señores, aunque el periódico nada dice de esto, es que no se haya vuelto á hablar del marido, del asesino. Tratándose de una personalidad como la del general, antiguo ministro de la policía de su país, se puede suponer todo, y esa desaparición me parece misteriosa. ¿Por qué el comisario que instruyó las diligencias no hizo cerrar inmediatamente el hotel para interrogar á todas las personas que en él se encontraban?

Raimundo se sintió poseído de un terror retrospectivo y se ensimismó más profundamente en su periódico. Se veía en aquel barrio lejano, obligado á decir su nombre y el de la persona con quien se encontraba. ¡La mujer de un ministro expuesta á aquella angustia y entregada á la discreción de un bajo polizonte! Todo el espanto de lo que había visto desaparecía ante lo que había podido ocurrir. No, jamás se arriesgaría en una expedición semejante y en tanto que no tuviese un cuarto propio no se metería en tan peligrosas aventuras de amor.

IV

CARTAS ANÓNIMAS.

« Si Claudio Jacquand tiene interés en saber á dónde va casi todos los días de cinco á seis, cuando sale de la oficina, la pequeña telegrafista á la que quiere dar su nombre, no tiene más que esconderse en un portal y acechar la salida de la Central. Se le promete una sorpresa. »

En el elegante piso bajo de la calle de Cambón, en que el senador lionés vivía con su hijo durante el período de las sesiones, Claudio Jacquand reflexionaba con la frente en los cristales de su cuarto tocador, arugando en la mano aquella carta anónima. Desde su encuentro con Dina en el baile del ministerio, estaba acribillado de aquellas esquelas de letra torpe y membrete de almacén de novedades, pero, sin saber por qué, ninguna le había impresionado tanto como aquella. Sin dejar de protestar en el fondo de su alma, la leyó con atención varias veces.

— No; no iré á acecharla; no me esconderé. Voy á ir en seguida y sencillamente á preguntár por la señorita Eudeline en la oficina central y le diré... ¡Dios mío! le diré que después de una hora de delirio, de vértigo, ha venido la reflexión á reducir á la nada un sueño de dicha